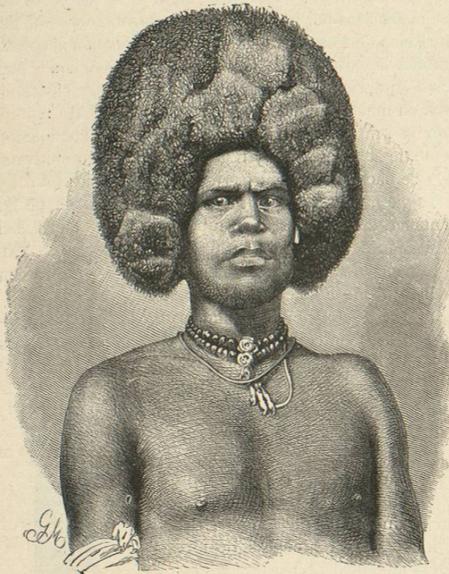


por las malezas casi siempre encorvadas hacia adelante; en cambio, son bien formados los habitantes de Santo y á menudo realmente bellos los de Vate. En los mapas del siglo décimo sexto encontramos en las costas de Nueva Guinea, junto á las «Islas de mala gente» las «Islas de hombres blancos.» Finsch describe la sorpresa que le produjo encontrar en la Nueva Guinea una población de piel blanca y rizada cabellera que le recordó á la de las islas Gilbert. Del tipo polinesio de los motus ya hemos hablado. El mismo d'Albertis considera muy mezclada la población de la costa de Nueva Guinea y opina que no se encuentra la forma típica de los papúas hasta que se ex-



Isla de Fidschi (de una fotografía del álbum de Godeffroy). Véase pág. 509.

plora minuciosamente el interior; al paso que A. B. Meyer sólo encuentra diferencias secundarias entre los habitantes de la montaña Arfak y los de la costa. De suerte que no es posible todavía hablar, como lo hace Virchow, de una profunda división geográfica de estos pueblos de color oscuro en una raza oriental dolicocefala (papúas) y otra occidental braquicefala (de los negritos). El mismo Virchow ha medido recientemente braquicefalos en las Palaos, islas en las que anteriormente describió A. B. Meyer ortocéfalos. Partiendo del punto de vista de nuestros conocimientos, más posible es la división del brazo oriental ó melanesio del tronco de los negros en dos ramas, á saber: la de los negritos y la de los papúas, la primera comprende poblaciones de baja estatura y formas esbeltas; la segunda poblaciones de estatura alta y de formas á menudo atléticas. La primera, que desde el punto de vista etnológico es la más interesante, es por desgracia la menos conocida y forma probablemente dos grupos, el continental y el insular, de los cuales el primero habita en los territorios centrales de la península Malaca y el segundo se extiende desde las Andamanas hasta Melanesia y Micronesia.

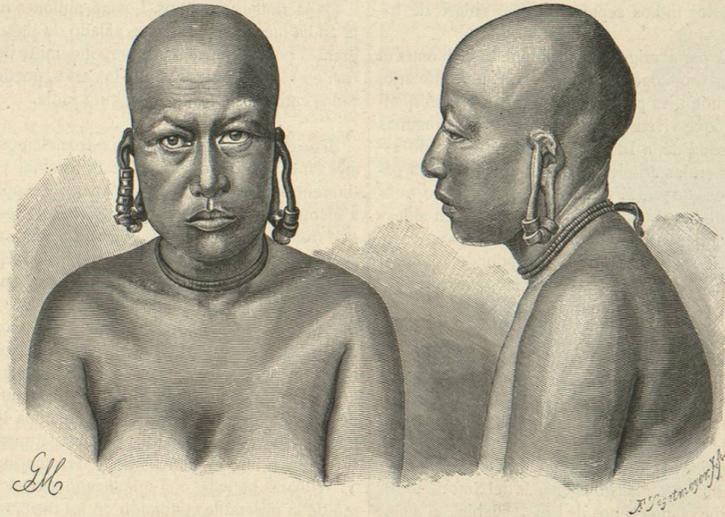
Ha producido gran confusión en este punto el hecho de aplicar el nombre de negritos á los habitantes de color oscuro y rígida cabellera de las Filipinas que Semper, Quatrefages y otros califican concretamente de mestizos ó

también de malayos puros. Tal nombre no debería significar más que aquellos pueblos filipinos que por su piel oscura y por su cabello crespo se parecen á los negros, pero cuyos rasgos fundamentales nada ofrecen que permita colocarlos entre éstos; en estos territorios, lo propio que en la península malaya, es muy difícil comprobar la existencia del tipo negrito puro. Al decir de Maclay, la población oscura de Filipinas (véase pág. 498) se distingue, en general, por su pequeña estatura y los individuos de la misma pertenecen, por la forma del cráneo, al número de braquicefalos: según Maclay, el índice latitudinal oscila entre 87'5 y 90, pero en sentir de Virchow sus cráneos, á pesar de esto, se diferencian de los de los malayos que son también braquicefalos. Su carácter negroide rara vez aparece fuertemente pronunciado. Plauchut, que los vió en la isla de Negros, los describe como «de pequeña estatura, negros como los negros de Senaar, con los cabellos cortos y ligeramente crespos, con la nariz achatada y los labios abultados.» De una manera análoga los describe de la Girroniere que les asigna una estatura de 1 y ½ metro y hace observar que los labios son poco salientes y poco arremangados. Tampoco G. Wallis duda del carácter negro de los que encontró en Luzón á quienes Semper considera como descendientes de los pueblos negros que en otro tiempo ocupaban estos territorios. La verdad sobre los negritos de las Filipinas puede actualmente resumirse diciendo que, en su mayoría, son hombres morenos, de cabellos rizados (raras veces lanosos) y hasta rígidos y de cabeza corta, y que se distinguen del tipo de raza malayo más por su situación geográfica y social como pueblos montañeses, selváticos y cazadores, que por sus caracteres antropológicos. Los tagalos los califican de aetas. Cuando los españoles llegaron á Filipinas encontraron en la costa malayos, más hacia el interior tagalos y en las montañas aetas. Dada la manera como está distribuido este grupo de pueblos de tan bajo nivel social, es indudable que en él aparecen mezclados elementos negroides, lo cual no ha de sorprendernos, como no sorprende encontrarlo en otros territorios que contienen elementos negroides y malayos. Maclay se sintió, en algunos puntos, transportado á Nueva Guinea y combate la gran diferencia entre papúas y negritos, negando sobre todo la supuesta dolicocefalia general de los últimos. El mismo Raffray dice, hablando de los karones, que no son papúas sino negritos y que más se asemejan á los indígenas «salvajes» de las Filipinas que á los papúas melanesios que habitan á su alrededor: en opinión del propio autor, esos karones no son los únicos negritos de Nueva Guinea, pues á juzgar por la descripción que los amberbakis hacían de la tribu de los gebares que habitaban al otro lado de la montaña, éstos pertenecían también á aquella raza. Conviene quizás recordar á este propósito que Pickering pretende haber visto en Singapur tres «papúas enanos,» llevados allí, al parecer, de Nueva Guinea por Bugi. La población de color oscuro que habita en las islas orientales del archipiélago malayo recuerda, por lo menos en cierto carácter mestizo, á los negritos; tal sucede, por ejemplo, con la de Halmahera que Wallace coloca como límite entre los malayos y los negroides y de la cual dice: «su cabello ni es tan rígido y brillante como el de los malayos ni tan lanoso y crespo como el de los papúas; sus rasgos fisonómicos y su estructura corporal ocupan asimismo el punto intermedio entre aquellas razas humanas.» Roepstorff encontró que el primer hombre que se le apareció de los territorios del interior de Gran Nikobar habitados, al parecer, por individuos pequeños, desnudos y parecidos á monos, era un mogol puro, pero más

tarde pudo observar también tipos mestizos negroides. En la península Malaca vuelven á presentarse claramente los elementos negritos. Antiguamente todos los datos relativos á estos elementos fundábanse, en el fondo, tan sólo en un dibujo y en una incompleta descripción de Crawford, pero las modernas investigaciones han arrojado un poco más de luz en medio de estas tinieblas. Maclay ha descrito á los tan famosos orang-sakais y orang-semanges del interior de Dschohor como seres pequeños (1'45 á 1'62 metros en los hombres y 1'40 á 1'48 en las mujeres) de color casi siempre oscuro y con un índice de latitud craneal de 74 á 84, y los compara con los negritos de las

Filipinas, hablando, además, de «hombres de pura sangre melanesia» que encontró entre ellos.

Pretenden también formar un grupo aparte aquellos pequeños pueblos, antes mencionados, de la parte occidental de este territorio de propagación que se separan mucho del tipo papúa y á los cuales se ha dado el nombre de mincopies. Como tipo de éstos puede presentarse el de los habitantes de las Andamanas cuyos caracteres externos acusan un nivel muy alto entre los pueblos naturales; sus rostros llevan impresa una expresión de dulzura y de bondad, su frente es abovedada, sus ojos son redondos y ocupan una posición horizontal, su nariz es pequeña pero recta, sus



Mujeres de las Anacoretis (de una fotografía del álbum de Godeffroy). Véase pág. 509.

ventanas nasales diminutas, sus labios no muy salientes, su pequeña barba no aparece inclinada hacia atrás, sus orejas son pequeñas y bien modeladas, sus manos y sus pies proporcionados, más bien pequeños, su cráneo braquicefalo y su pragmatismo insignificante.

Los alfüres del Archipiélago malayo oriental, considerados también como raza especial, han dado asimismo origen á muchas discusiones, Reinaldo Forster decía, hace ya cien años, que en la mayoría de las islas Molucas se encuentra un pueblo más negro que los demás habitantes, esbelto y alto, de cabellos lanosos ó crespos, que hablaba un idioma propio y habitaba en las comarcas montañosas del interior. «En algunas de estas islas se le conoce con el nombre de harafaras ó alfüres. En cambio, las costas de las propias islas están habitadas por otro pueblo que si bien es de color más negro, es también de estructura más bella, tiene el cabello largo y rizado y se diferencia de aquél hasta en el lenguaje que es un dialecto derivado del malayo.» Las diferencias que existen entre las tribus acorraladas en el interior y las que habitan en las costas, á menudo hasta en las pequeñas islas como las Arus, son, por lo menos, tan grandes como las que separan á los bosquimanos de los hotentotes; pero estas diferencias no son diferencias profundas de razas, sino más bien resultados de mezclas (véase pág. 498), como lo demuestra el estudio de los malayos, y consecuencias de diferencias sociales y políticas á menudo muy acentuadas.

En la India habitan, muy hacia el Norte, hombres de color oscuro, perteneciendo á esta clase una parte no pequeña de la población india. La primitiva historia de esta región nos habla de luchas entre tribus septentrionales blancas y tribus meridionales oscuras. Nada más natural, al parecer, que admitir que se trata aquí de una gran lucha de razas, no habiéndose dejado de apreciar en este sentido, como es de suponer, la exageración poética de la tradición india que presenta combatiéndose uno á otro el color negro y el color blanco, que se burla de los rostros chatos y de la falta de nariz de los adversarios y que acaba por hacer de estos enemigos de color oscuro unos monos. Pero si dirigimos nuestra vista á aquellas partes de la India en donde todavía se encuentran restos de estos adversarios de color oscuro, habremos de confesar que los progresos de la investigación han aclarado cada vez más las tinieblas en que los mismos estaban envueltos, demostrando que no siempre se han encontrado en el nivel más bajo de la civilización, puesto que á su grupo pertenece uno de los pueblos más importantes y dotados de mejores cualidades de la India, cual es el de los tamulos. Se ha pretendido que los disminuidos pueblecitos de los weddas de Ceilán pertenecen al número de los más inferiores de la tierra, pero cuantos más datos se reúnen tanto más claro aparece que su color no es tan oscuro como el de los tamulos, que su rostro acusa muy pocas diferencias con los singaleses, que la población, en su clase, es la más civilizada de Ceilán, y que su cabello dista mucho

de ser el cabello lanoso de los negros. Los dibujos de Jagor que representan á los kanikaros no reproducen cabelleras lanosas, sino que más bien recuerdan á tipos malayos, quizás algo mezclados. El idioma wedda, que debiera ser un idioma muy particular, se nos presenta como dialecto indio con muchas palabras sanscritas y con varios elementos drawídicos. Burnet ha sentido la poca halagadora verdad de que en ninguno de los idiomas «salvajes» de la India ni de Ceilán se encuentran huellas primitivas, al paso que Virchow deja libre la cuestión de si los weddas han de ser considerados como raza mestiza que ha tomado sangre de los singaleses ó de los indios del Norte, ó si son los singaleses la raza mestiza por cuyas venas corre, en medio de la preponderancia de los indios septentrionales, sangre de los weddas.

Lo que queda por averiguar es en dónde se encuentra el elemento wedda propiamente dicho. ¿Hay que buscarlo, quizás, en «los hombres pequeños y de cabellera crespa ó enanos negros» que viven en los árboles de las montañas Athrumally del Sud de la India? Jagor ha reproducido estas habitaciones en los árboles (véase el grabado de la página 45) pero cree que sólo sirven de lugares de refugio, pues por lo demás habitan estos pueblos disfamados en aldeas regulares que contienen una choza de descanso para los forasteros y un sitio sagrado al aire libre en donde adoran el sol; además, son, á lo que parece, más aficionados á la agricultura que á la caza. Las colinas de Anamalai, en los territorios meridionales de Madras, contienen pueblos análogos ó de condición aun más baja, pero aun cuando en las descripciones de de éstos se hacen dícese á cada paso que viven de «productos de junglares», que comen ratones, habitan entre las ramas y adoran á los demonios, estas no son inferioridades de raza, ya que la bajeza social y el fundamento antropológico son dos cosas muy distintas. Y si á los kaders, á los nairs y á otras tribus enanas del Sud de la India se las describe como enanos de gruesos labios, el ejemplo antes citado de los weddas nos demuestra qué caso debe hacerse de estas descripciones hechas tan al galope. Tampoco debe hacerlas aparecer á nuestros ojos como muy inferiores el hecho de que algunas de estas tribus se afilen los dientes, el de que otras observen la poliandria y respeten el derecho hereditario materno y el de que los hombres y los jóvenes habiten separadamente en una gran casa, y decimos esto porque en toda la humanidad aparecen huellas de estas costumbres. Tampoco deben causar sorpresa los indicios de antropofagia que se encuentran entre las tribus enanas de Assam. Más importancia concedemos á la noticia de que algunos de estos pueblos usen, hasta en nuestros tiempos, armas y utensilios de piedra: á este propósito recordamos que en los territorios del Océano Indico oriental, hoy conquistados por el hierro, encuéntrase huellas, y huellas muy recientes, de la edad de piedra. En muchas comarcas de la India, como por ejemplo en Orissa, en el país de los juangs ó patúas, hállanse en abundancia armas de piedra; en el distrito Banda del Noroeste de India se han encontrado martillos de piedra de 4 kilogramos de peso. Quizás vale la pena de citar la observación que hace Quatrefages de que los instrumentos de piedra encontrados en Java se parecen principalmente á los norte-australianos. En los propios territorios abundan los monumentos de piedra á manera de dolmenes, que en su mayor parte sirvieron indudablemente de tumbas. Para demostrar la escasa antigüedad de los mismos puede aducirse el hecho citado por Hunter de que en muchas de estas tumbas se encontraron monedas de los últimos emperadores romanos.

No todos los pueblos de color oscuro de la India están

en un nivel bajo, pues algunos de ellos, por ejemplo los santales de la Baja Bengala y los khandes que habitan al Sud de los mismos, han hecho modernamente algunos progresos que despiertan especial interés por cuanto junto á ellos encontramos restos de la vida salvaje que, en otro tiempo, llevaron en los bosques. Los santales no sólo han aprendido á cultivar los campos sino que se han familiarizado con el arado y en el espacio de cien años se han convertido de pueblo cazador y ladrón en pueblo pacífico de más de un millón de almas. Y aun cuando los khandes se dediquen á su agricultura de una manera semi-nómada, emigrando cada 14 años algunas comunidades, hanse convertido, sin embargo, en pueblo pacífico y han renunciado á sus sacrificios humanos. Los 46 millones de drawidas de la India meridional cuentan, al lado de algunas tribus emigrantes pobres, un número preponderante de pueblos que, casi en el mismo sentido que los arios, pueden ser considerados como sostenes de la cultura india.

Si de esta variedad melanesia retrocedemos á los melanesios en el sentido estricto de esta palabra, veremos que la diferencia entre el carácter melanesio y el polinesio ha sido á menudo proclamada. Por lo que hace á los melanesios lo que más les distingue es el carácter negro, corriendo parejas con la corporal la semejanza espiritual. El melanesio es más impulsivo, más franco, más bullicioso y más violento que el polinesio: allí donde aparece en forma menos favorable, el orgullo—ora como soberbia ora como consecuencia de una afrenta—nos dará la clave de muchas contradicciones. Los que mejor conocen á los fidschianos dicen que son los seres más vanidosos que darse pueda: un par de varas de tela de corteza nueva colocadas encima de los lomos y una peluca colosal bastan para dar á su marcha y á su actitud cierto aire de suficiencia y de superioridad. Un día T. Williams hablaba con un anciano sacerdote de Somosomo de la miserable condición de los insulares de las Nuevas Hébridas y añadía que, á pesar de ello, se tenían por muy sabios y poseían muchos dioses, oyendo lo cual su interlocutor no pudo reprimir el disgusto que estas infules le producían. «¡No tienen un mal pedazo de masi y quieren tener dioses!» murmuraba entre dientes con acento despreciativo. Indudablemente las dos varas de masi que en su cuerpo llevaba le daban, á sus ojos, una gran superioridad sobre tan miserables criaturas. La susceptibilidad de los mismos hombres ya maduros es realmente infantil y únicamente la imposibilidad de olvidar las humillaciones sufridas demuestra que no todo en estas almas volubles son sentimientos de niños. La primera manifestación, empero, del orgullo lastimado son generalmente las lágrimas que brotan de sus ojos con extraordinaria facilidad y que suelen ir acompañadas de quejas pronunciadas en voz alta. Esto aparece más marcado en las mujeres: cualquier cosa depresiva que se diga de ellas, de su situación dentro de la familia, de sus hijos, de sus virtudes domésticas, es motivo bastante para que se sienten en el sitio más público que encuentren llorando á moco tendido y llenando el aire con sus lamentos, hasta que logran hacer en su alma suficiente acopio de indignación para desatarse en improperios y amenazas. Pero también los hombres tienen tendencia á desahogar su dolor por las calles. A veces se oye gritar desde lo alto de una colina: «¡Guerra, guerra! ¿no hay nadie que me mate y me envíe á reunirme con la sombra de mi padre? ¡Guerra, guerra!» Al oír estos gritos todo el mundo se precipita al lugar de donde salen y se encuentran allí con un hombre presa del más acerbo dolor porque un su amigo ha cortado algunas varas de una pieza de tela de corteza que en

común les pertenecía. ¡Tal era la causa de aquel tedio de la vida!

Cuando la cosa se considera digna de una explosión de furor, la pasión contenida estalla con la violencia de una tempestad; de aquí que no sean raros los suicidios. Parejas con el orgullo corre la fanfarronería que tiene su más enérgica expresión en la unión estrecha que en sentir de los melanesios existe entre ellos y sus dioses, lo cual no es óbice para que ellos mismos reconozcan estas debilidades, puesto que hablando de un heraldo de su propia fama dicen ingeniosamente que es como el *kaka*, el papagayo, que sólo habla para llamar á cada uno por su propio nombre. Esa jactancia se manifiesta especialmente en la confección de árboles genealógicos fantásticos para la explicación de cuyo origen ningún tiempo es bastante remoto ni ninguna ficción bastante absurda. Entre estos pueblos se encuentran tan pocos hombres veraces como entre sus afines etíopes, de modo que á los extranjeros que han vivido durante mucho tiempo entre los fidschianos solían exhortarles éstos á que no dijeran «la verdad al modo fidschiano.»

Las artes diplomáticas prosperan de una manera extraordinaria en este suelo. Nadie creería que tan fogosas naturalezas pudieran dominarse como se dominan ni que con tanta facilidad se revistieran de tan impenetrable ceremonial. Un caudillo al recibir como regalo un objeto durante mucho tiempo por él codiciado, demuestra una indiferencia completa mientras su corazón rebosa de alegría; otro manifiesta nueva y si cabe mayor sorpresa al escuchar por sexta vez una noticia, á menos que se trate de una versión importante en que sea más conveniente el disimulo. El carácter traidor y sanguinario que ha dado triste celebridad á los isleños de Salomón especialmente, puede ser atribuído al deseo de vengarse de alguna injusticia sufrida. En pocos años, han sido exterminadas en este archipiélago las tripulaciones de tres embarcaciones australianas atacadas de improviso por los indígenas.

La frecuencia de los robos es desde hace mucho tiempo conocida, pero hay que confesar que las más de las veces los robados son extranjeros. Las plantaciones de los indígenas son inviolables. Finsch observó que los neobritanos eran principalmente ladrones de ocasión, á pesar de lo cual desperdiciaban muchos trances favorables. Cuando T. Williams se disponía á visitar á Vanua Mbalavu, un caudillo le dió una recomendación para sus colegas de allí encargándoles que trataran bien al extranjero y que «evitaran que sus gentes fueran insolentes y robaran estacas, cables y remos de la canoa del mismo.» Es tan fuerte la codicia del bien ajeno que no son raros los robos de las sepulturas, siquiera sea para apoderarse de los harapos de algodón en que está envuelto el cadáver.

Uno de los principales cuidados de estos pueblos es la venganza, en la que se busca así una diversión, especie de *sport*, como la manera de distinguirse á los propios ojos y á los de los demás. La venganza puede llegar á ser la tarea más importante de la vida de un melanesio: cuando alguno se siente ofendido, por regla general nada dice, sino que procura tan sólo no olvidar que se le ha inferido una ofensa y que ha de vengarse y á este efecto coloca en un sitio en donde pueda verlos bien, un palo ó una piedra que constantemente le recuerden el deber de la venganza. Además de esta hay otras maneras más enérgicas de recordarla; así por ejemplo si alguien se abstiene de comer ó permanece alejado de las danzas, mala señal para su enemigo; el que se pasea con la mitad de la cabeza rapada ó el que deja caer sobre sus espaldas un largo y rígido me-

chón de cabellos, indica que ha de vengarse y lo propio da á comprender el caudillo que se sienta silencioso entre sus consejeros y á las preguntas de éstos contesta con un silbido: téngase por seguro que no abrirá la boca hasta que haya vengado la muerte de su hijo. Otros cuelgan en lo alto del techo de su cabaña un manojo de tabaco que no fumarán hasta que puedan saborearlo sobre el cadáver del odiado enemigo. El ensangrentado vestido de un amigo ó pariente asesinado, se coloca sobre el lecho del llamado á vengar á éste para recordarle á todas horas el hecho todavía impune. Si alguna vez un individuo que tiene obligación de abrigar estos sentimientos de venganza no da pruebas de alimentarlos, no faltarán amonestadores



Pelucas de guerra hechas con cabellos humanos, de Vanua Levu (Museo de la Ciudad, Francfort, en el Mein). Véase pág. 510.

que con cantos excitantes llenos de lamentos y censuras le recuerden su deber. Expresiones como las de: «Mi odio hacia tí se extiende desde los talones de mis pies hasta los cabellos de mi cabeza» ó como la embajada de un caudillo fidschiano á su enemigo: «Si dejas que la ostra colosal se muera de vieja y añades á ello todavía mil años, al final arderá aún mi odio,» demuestran cuán conscientemente se abriga este sentimiento de venganza. Este no sólo se satisface por medio de la violencia pública, sino que también se apela á los asesinos asalariados cuando se considera prudente evitar el asesinato cara á cara; más á menudo aún se utilizan los sortilegios consistentes, en su mayor parte, en palitos, hojas ó cañas que las malas artes del hechicero han dotado de una fuerza funesta, gracias á la cual la persona en cuyo camino han sido puestos queda, si los pisa, herida, enferma ó muerta.

Difícilmente podríamos explicarnos el efecto destructor de este sentimiento de odio y de venganza, si nouviésemos en cuenta la prodigiosa memoria de los melanesios. Con mucha frecuencia el asesinato va acompañado de cruel-